

La realidad escindida

El partido del interior y el del exilio

Nueva Sociedad
74
septiembre
octubre
1984

Ricardo Núñez

El trauma de un golpe de Estado ha provocado que muchos partidos hayan vivido o vivan dos realidades: la interna y la del exilio. Luego que estos segmentos han luchado para adaptarse a la nueva realidad, surgen contradicciones. Este trabajo se refiere a la experiencia chilena, pero sus observaciones pueden ser generalizadas. La paradoja entre la dirección formal (en el exilio) y la dirección real (en el país) hace énfasis en un cuidadoso manejo de los problemas de comunicación y de los recursos entre ambos bandos. Varios aspectos tienden a erosionar las bases del partido exiliado, pero sus nuevas experiencias, de distinta índole, pueden enriquecer el partido interior, siempre que sean correctamente asumidas.

Antes que nada, una precisión formal. Las reflexiones que motivan las líneas siguientes, no constituyen «un estudio» en el sentido estricto, sino más bien una recopilación de hechos surgidos de una experiencia concreta. El tema del «partido exiliado» versus el «partido del interior», en el caso chileno no ha sido tratado con extensión y profundidad, en la medida que el asunto aún constituye una experiencia actual y vive, por lo tanto, en la cotidianidad de la lucha en contra de la dictadura de Pinochet.

Ricardo Núñez: historiador y sociólogo chileno.

Palabras clave: partidos políticos, crisis política, Chile, América Latina.

Es cierto que la problemática ha estado presente en otras realidades históricas y ha traído consigo una larga discusión, no exenta de repercusiones orgánicas y políticas de trascendencia. Tal es el caso de las experiencias del Partido Comunista Griego y del Partido Socialista Obrero Español, los que con distingos propios de cada realidad, debieron sufrir fuertes tensiones orgánicas debido a las diferencias surgidas entre los distintos «segmentos» partidarios, el de el interior y el del exterior.

Es importante precisar, además, que en nuestras reflexiones sobre el tema, el hecho fundamental que cruza todo nuestro análisis, y que condiciona los rasgos y características del problema, es el «hecho dictatorial» que deben enfrentar los partidos. Es un rasgo traumático que provoca una escisión de «la» realidad, quiebra los lazos normativos, resquebraja todo el sistema de toma de decisiones, de discusiones y acción del partido. En suma, lo escinde.

No se trata, sólo, en consecuencia, de aquellos partidos que por distintos motivos han mantenido y mantienen «secciones» fuera de su territorio nacional, más allá de las realidades socio-culturales «naturales», como son aquellos organizados en comunidad de emigrados, o en centros coloniales de larga data, o en grupos culturales nacionales nacidos de procesos antiguos de emigración o coloniaje. Nuestro caso se refiere al de aquellos partidos, como el Partido Socialista de Chile, que debido al «trauma histórico» de un golpe de Estado, han debido escindir su estructura orgánica entre dos realidades: una relativamente homogénea, que vive en la brutalidad de las condiciones impuestas por una dictadura al conjunto de la nación y, otra, heterogénea, rica y variada, como son aquellas situaciones del «exterior», las del «partido exiliado».

Etapas de un desencuentro

Un primer hecho de realidad que surge de la experiencia chilena es la incapacidad que ambos segmentos tienen, en un primer momento, de ser agentes reales de cambios y transformación de su realidad originaria. El segmento exterior por razones obvias. Aun en sus mejores niveles de organización y de homogeneidad política-ideológica, su lejanía del centro de origen de su existencia le impide ejercer una acción decisiva a fin de terminar con los factores obstaculizantes al cambio. Al partido del interior, más bien por los motivos propios de su inserción en un medio en donde la «sobrevivencia» es fundamental, en donde las normas de seguridad y de clandestinaje obligan a la mirada corta, al espacio menor, a la búsqueda de caminos pequeños que permitan la subsistencia elemental.

Un desafío inicial en esta etapa es la búsqueda de medios expeditos y eficaces de «comunicación» y de vías claras y seguras para el traslado de recursos materiales y humanos del exterior al interior. La instalación de los mismos ocupa por lo general la máxima atención de ambos segmentos. El aprendizaje es largo y costoso. Lleva tiempo aprehender una realidad totalmente diferente. Son los primeros momentos, en que los síntomas del «trauma» se hacen más evidentes y dramáticos.

La dispersión, la represión sin límites, imprime un sello de caoticidad tanto a la comunicación como al traslado de medios. Se exploran caminos y se prueban métodos diversos. El ensayo y el error marcan el instante y no pocos militantes son víctimas de este periodo de «aprendizaje» y del duro asumir la realidad de un partido escindido.

Pasado este periodo, cuya duración dependerá del grado y nivel de la represión dictatorial, así como de la capacidad de recuperación de los niveles mínimos de operatividad del partido, surgirán las primeras contradicciones y signos de esta realidad escindida.

Desde luego, se planteará el problema direccional; surgirá *la contradicción entre la dirección formal radicada por lo general en el exilio y la dirección real radicada en el*

país. Recomponer una relación entre ambos fenómenos que permita resolver positivamente el tema, requiere de un manejo delicado y sagaz de la situación tanto de unos como de otros.

Cualquier traspié genera tensiones que afectan al conjunto del partido, paralizando a los del interior en su lucha por recuperarse orgánicamente; a los del exterior en el trabajo de instalación orgánica y política en «una realidad ajena» así como en la actividad solidaria, primer mecanismo que reanima subjetivamente al ser partidario exiliado.

Es en este periodo donde se acentúan ciertos problemas referidos al conjunto de la organización «partido» y cuyos efectos se hacen sentir en cada uno de los militantes. Nos referiremos sólo a dos de ellos por considerarlos centrales.



Problemas clave: la comunicación y el manejo de los recursos materiales

El primero, es el de las comunicaciones, es decir, todo el sistema formal a través del cual se trasladan las decisiones y acuerdos entre uno y otro segmento. Si este funciona expedito y normal, con seguridad se evitarán grandes dificultades. Pero si este es irregular, esporádico y poco detallado en términos de los contenidos políticos, con seguridad surgirán problemas de toda naturaleza que distanciarán las apreciaciones y tensionarán las políticas a seguir. Lo anterior siendo obvio, no lo es cuando, a las dificultades propias de la comunicación (distancias, recursos materiales, métodos, represión, etc.), se agrega el grave problema del «monopolio de la comunicación». En tal caso el tema se transforma en un elemento más que se suma a las disputas direccionales y políticas de un partido tensionado por tales situaciones. *La comunicación tiende a ser objeto de «manipulación» tendencial o fraccional, y a ser utilizada como medio de obtener legitimidad, pues los de dentro dicen contar con el exterior y los de fuera dicen ser «portavoces del interior». La comunicación en tal caso pasa a ser un elemento clave y generador de graves desentendimientos e incluso divisiones.*

El otro tema, más delicado, por los juicios valorativos que contiene, es aquel referido al «manejo de los recursos materiales». En un partido escindido, por lo general el flujo mayor de los recursos provienen del exterior, generados por la actividad de los militantes establecidos en calidad de exiliados y por las ayudas solidarias que proveen de la mayor parte y a veces casi la totalidad de los que cuenta el partido en el país, particularmente en la etapa de recomposición orgánico-política. Ahora bien, *sólo un cuidadoso sistema de «envíos» y de «recepción» suficientemente legitimado puede evitar que en torno del tema de los «recursos» se monte un cúmulo enorme de subjetividades.* No solo porque ellos, por lo general, son escasos para las demandas existentes en el país, sino porque el exterior partidario adquiere su propia dinámica y exigencias que le obligan a disponer de parte de aquéllos, cuestión no siempre bien entendida por quienes tienen como escenario único la lucha política en el país.

Aun cuando los problemas direccionales, de recursos y comunicaciones son, a mi juicio, difíciles de resolver de manera óptima en una realidad tan escindida, ellos pasan a un plano más secundario cuando los avances de la lucha dictatorial muestran los primeros síntomas de éxito o de logros significativos, cuando el partido logra insertarse en el escenario nacional y proyectar al conjunto de la sociedad los fundamentos de su propuesta de lucha y de redemocratización del país. Los problemas señalados no terminarán, por cierto, pero adquieren otra connotación y se ubican dentro de las exigencias mayores que implican el

ser «actor» central en el proceso de enfrentamiento antidictatorial, así como en las políticas de relaciones que se establecen en el marco de una creciente repolitización de la sociedad.

Es este periodo donde los «entendimientos políticos» y la «sintonía» entre uno y otro segmento requiere el máximo de afianzamiento. El partido puesto en tensión, en el país, debe saber trasladar su experiencia cotidiana y sus proyectos de lucha (con todo lo difícil que esto es) al partido exiliado sabiendo que el desfase y los ritmos tan diversos acrecientan la «incomunicación» y las faltas de entendimiento. En otros términos, *el partido recompuesto en el país en sus bases orgánicas y políticas, debe asumir que la realidad del exilio ha quedado envuelta en un círculo de rigidez, que «el tiempo político» es absolutamente diverso y que la problemática tiende a ser repetitiva, recurrente.* El desfase debe ser tratado homogeneizando la comunicación y creando el máximo de mecanismos de participación hacia los militantes del exilio, que a esta altura asumen que el escenario se reubicó definitivamente en el «interior».

Las dificultades del partido exiliado

Hay ciertas constantes interesantes de rescatar en varias de las experiencias de partidos exiliados. Más allá de las ricas y variadas realidades socio-históricas en las cuales éstos deben instalarse (y aprehender en consecuencia códigos normativos y culturales muy diversos), lo cierto es que en todos se evidencian ciertos rasgos comunes que marcan su desarrollo.

A la creciente pérdida de sus referentes sociales y culturales naturales, se superpone la tendencia a ir adquiriendo aquéllos que son propios de la nueva situación. Tienden a la adquisición «acrítica» de los «aportes» ideológicos y políticos de una realidad hacia la cual por lo general se accede, en un primer instante, por la vía de la apariencia o sin una visión de profundidad histórica. (En ciertos partidos «retornados», luego de la Segunda Guerra Mundial, aún subsisten «luchas tendenciales» entre aquellos, que por ejemplo, estuvieron en oriente y los que debieron ir a algún país occidental.) Este hecho ejemplifica lo que deseamos expresar: en algún instante surge la tentación de la «extrapolación» acrítica de realidades que aun cuando sean en apariencia similares a la del país de origen,

El partido recompuesto en el país en sus bases orgánicas y políticas, debe asumir que la realidad del exilio ha quedado envuelta en un círculo de rigidez, que «el tiempo político» es absolutamente diverso y que la problemática tiende a ser repetitiva, recurrente

en esencia no lo son o por lo menos tienen rasgos históricos diferenciados, en términos de su constitución nacional, que la extrapolación sigue siendo peligrosa. En el caso chileno no es difícil distinguir la génesis de las opiniones de los exiliados, según la realidad que les ha sido propia, más aún si en ella su estancia ha sido prolongada.

Es cierto que las generalizaciones tienden a desperfilar las particularidades y las excepciones, pero estimo interesante profundizar este hecho en otros ensayos, pues por esta vía es posible «acotar mejor» el sentido y contenido que tienen los aportes ciertos que el partido exiliado hace a la teoría y doctrina del partido en el país.

El tiempo, sin embargo, así como la profundización del conocimiento histórico, permite que de la extrapolación acrítica se pase a una fase en donde el cuidado teórico y el afinamiento metodológico dé paso a un rescate esencial de mayor universalidad y globalidad de las experiencias socio-culturales en las que debe vivir el exilio.

En el terreno estrictamente político, la lejanía y el desfase contribuyen a buscar factores de identidad en la realidad que acoge al exiliado y a veces se transforma en «dependencia» respecto de actores políticos del país en los que se instala el partido exiliado. Este es un fenómeno al cual se han debido muchas de las dificultades vividas por los partidos chilenos. *La identidad y más aún la capacidad de participar de las inquietudes y proyectos de los partidos amigos, constituyen un hecho lógico que se entiende dentro de una política de solidaridad activa y mutua. Sin embargo, ella debe estar precedida por el respeto a las respectivas identidades propias, pues de lo contrario termina inevitablemente en «dependencia» política e ideológica y se transforma en «camisa de fuerza» que impide el desarrollo del perfil autónomo del partido exiliado y obstruye la capacidad de desarrollo de sus potencialidades.* En tal caso, no extraña que el partido amigo termine por participar activamente en la vida interna del partido y que algunos de los militantes del partido exiliado se conviertan, de hecho, en portavoces de opiniones –a menudo determinantes– de dichos partidos amigos o anfitriones.

El otro fenómeno generalizable es la pérdida de contingente que con el paso del tiempo y del exilio debe sufrir el partido. El cansancio político, la apatía, el desencanto y la frustración, tienden a erosionar las bases orgánicas y a provocar un proceso en el que la política se transforma en un hecho de interés cotidiano sólo para los dirigentes exiliados. A este fenómeno concurren dos hechos más, que explican la pérdida de contingentes activos con relación al número potencial; por un

lado la mayor «incorporación» a las obligaciones que le demandan sus necesidades de supervivencia material, espiritual e intelectual por parte del militante exiliado, así como el influjo que el medio circundante termina por ejercer sobre él, a pesar de la resistencia que opone –consciente e inconscientemente– a tales influencias. Por otro lado, en este mismo sentido, conspiran contra la mantención del «espíritu militante» el compromiso familiar acrecentado ante el ambiente «hostil», así como las nuevas demandas e intereses que imponen los hijos por lo general más adaptados y receptivos que los padres, con relación al medio cultural.



Nuevas dimensiones político-culturales

Lo anterior no opaca el hecho más significativo y positivo que rodea al exilio y de cuya importancia sólo nos percatamos cuando éste se materializa en la acción concreta de la lucha; su capacidad de percibir más allá de las contingencias, la globalidad de los procesos, la injerencia del «factor internacional» así como de las corrientes doctrinarias y políticas contemporáneas más importantes, en el o los procesos particulares de los cuales se es actor lejano.

La captación y asimilación de un mundo extraordinariamente interrelacionado es más posible desde la óptica del exilio que desde la contingencia cotidiana, que cubre el conjunto del quehacer del militante en el interior. El complejo proceso de construcción o de reconstrucción de procesos democráticos –vivos por ejemplo en América Latina como en Europa– ha permitido dotar de elementos analíticos más precisos a las formulaciones hechas en esa perspectiva, a todos los partidos chilenos. Ello es el fruto de un doble proceso en el que se han combinado tanto la visión retrospectiva acerca de la democracia chilena, como los nuevos desafíos modernos a los que la democracia se ha visto enfrentada en todas aquellas naciones en donde constituye la base esencial de convivencia de sus ciudadanos.

La mayor sensibilidad para captar desde una óptica de mayor globabilidad y universalidad los procesos contingentes puntuales, permite –por otro lado– que se rompan las barreras de los «marcos estrechos», las visiones particularistas y las tendencias a considerar al conjunto de los procesos socio-políticos, como hechos de excepción propios solo del «ser nacional». Independientemente de los legítimos, así como obvios rasgos propios que existen en cada hecho o proceso

***Es en el exilio
donde con más fuerza
se captan las limitaciones
de las formas tradicionales
de entender la política y
donde ésta logra
con mayor fuerza
adquirir el sentido ético
superior que
imprescindiblemente
debe contener***

histórico, lo real es que desde la lejanía analítica es más factible descubrir ciertas constantes, a veces olvidadas que permiten apuntar con mayor precisión a los aspectos generalizables que cada uno de aquéllos necesariamente conlleva.

Este logro del exilio constituye un factor no desdeñable de modernización de la política y de la reactualización o renovación de todos aquellos factores que la condicionan. Es más, es en el exilio donde con más fuerza se captan las li-

mitaciones de las formas tradicionales de entender la política y donde ésta logra con mayor fuerza adquirir el sentido ético superior que imprescindiblemente debe contener. No se trata de que el interior se niegue a la renovación y a los procesos de modernización que deben rearmar al partido para las futuras contingencias, sino que éste se encuentra por lo general limitado por el hecho dictatorial y las contingencias propias de la lucha, lo cual determina que ambos procesos sean más bien –en el interior– cuestiones propias de la reflexión teórica e intelectual que de la cotidiana manera de entender la acción política.

La captación de nuevas dimensiones y referencias culturales de otras sociedades, la asimilación positiva de las mismas en la perspectiva de profundizar los elementos teóricos y doctrinales del partido, adquieren el sentido de hecho político cuando ellos repercuten en la acción misma del partido y este lo traslada en su práctica social al escenario que le es propio y natural. Es aquí, en definitiva, donde se ponen a prueba los aciertos y perspectivas reales que tienen los factores de renovación y de modernización del partido. Es en él donde es factible establecer las bases para una mejor comprensión no solo del hecho dictatorial, así como de los nuevos conflictos sociales que éste genera. En la práctica de los socialistas, es en el acercamiento vital a los intereses populares, así como a sus aspiraciones, donde hacemos carne y realidad nuestras concepciones de democracia y socialismo, así como las nuevas perspectivas revolucionarias que nos animan.

El retorno del partido

El proceso inevitable del retomo del partido al escenario social y cultural que le es propio está impregnado de hechos cuyas consecuencias es necesario prever y manejar adecuadamente por ambos segmentos.

Desde luego debe ser despojado de toda connotación heroica o moralista. Cada militante sujeto de la acción debe asumir el proceso como algo natural, que surge de su libre voluntad, más que de la coacción que se pueda ejercer sobre él a partir de consideraciones puramente instrumentales. El exilio prolongado constituye un fenómeno que deja huellas profundas en lo humano y personal, así como en el plano político, que obligan al partido a adecuar sus «instrucciones» a la realidad de cada uno. Es decir, no es factible dar instrucciones, ni siquiera recomendaciones, si éstas no son capaces de comprender el complejo mundo del exiliado y las dificultades objetivas que éste enfrenta cuando se ve impelido –por diversas razones– a plantearse la idea de reinsertarse nuevamente en su país.

Con todo, el partido tiende a reencontrarse. El exilio, cuando tiene como perspectiva su término, genera mecanismos de distinta naturaleza que expresan la voluntad de éste, de contribuir a la síntesis de dos experiencias disímiles pero contribuyentes, si el partido asume bien –sin cargas del pasado y sin peyorizaciones morales– los aportes que ambos tienen.

Ahora bien, cuando hablamos del partido escindido, nos referimos a un hecho social que trasciende al hecho partidario. En tal sentido, el retorno del partido, es la vuelta de miles de seres que fueron obligados a abandonar su medio familiar, social y cultural, los cuales luego de largos años de exilio encuentran una realidad diferente, trastocada, que les obliga a aprender nuevos códigos a fin de hacer más corto el periodo de inserción y menos dolorosa la sensación de «sentirse extranjeros».

Con todo, hay una realidad que muestran diversas experiencias de partidos exiliados; incluso una vez terminado el exilio, una parte de sus militantes opta por permanecer en el extranjero. Ante este hecho, el partido debe establecer mecanismos que permitan mantener en aquéllos el sentido de pertenencia y de compromiso vital con las nuevas tareas que éste emprende.

En la lucha por la democracia, no hay vanguardia ni retaguardia. La experiencia nos enseña que un partido puede generar un ámbito de encuentro –más allá de las fronteras que lo dividen– que motive la acción y entregue a cada uno las responsabilidades que más se adecúen a su realidad. *Cuando una dictadura oprime la libertad, avasalla la dignidad de un pueblo, no importa el escenario desde donde se le combata.*